

La lingüística moderna y los límites del argot: miradas desde el siglo XIX

Juan Antonio Ennis
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de La Plata (IdIHCS, UNLP-CONICET)

La lengua, la nación y sus parásitos

1. Es un saber extendido entre los conocedores de la materia en diversos ámbitos que, si bien supo recibir la atención de distintos estudiosos ya desde la temprana modernidad, el argot tomado en sentido amplio, así como atendiendo a sus variantes específicas, raramente constituyó un objeto de estudio legítimo para los especialistas de las ciencias del lenguaje. Una tarea pendiente, sin embargo, es la de examinar la historia de esa distancia, objetivo que este artículo, en sus estrechos límites, está lejos de pretender alcanzar, pero para el cual pretende esbozar un primer acercamiento en lo que respecta a la época temprana del desarrollo de la lingüística profesional, más precisamente en Europa hacia mediados del siglo XIX. El contraste entre la atracción o lo llamativo del tema y su marginalidad en el ámbito que podría pensarse como más apto para su examen fue percibido desde fecha temprana, y se entremezcla con algunos de los problemas fundamentales de la materia en distintos ámbitos: el deslinde entre la lengua y la jerga, entre naturaleza y artificio, legalidad y anomalía, así como el modo en el cual el discurso especializado sobre la lengua puede encontrar una decidida incidencia (bio)política al contribuir a naturalizar las diferencias entre clases, estados, grupos étnicos y las relaciones de poder dadas entre los mismos.

Esta primera aproximación pone de manifiesto algunos aspectos de especial interés para la historia de los saberes y discursos sobre la lengua y su relación con otras series, para decirlo brevemente, su modo de ser políticos. El breve corpus que se presentará da cuenta, por un lado, de un diálogo al que esa disciplina aún novedosa es convocada desde voces próximas en cuanto a las materias de su interés –pero ajenas en cuanto a la matriz discursiva e institucional en la que se inscriben, y así el modo en que abordan esa materia–, y el modo en el cual algunas voces autorizadas responden a esa convocatoria o al entonces ya repetido señalamiento del vacío y la deuda en ese plano. Por otro lado, el modo en que ingresa a la discusión la materia argótica en estos textos pone también en escena las tensiones en la caracterización de las lenguas nacionales europeas (no sólo en sus características específicas,

sino en su modo de fundar la nación, de revelarse como expresión orgánica de un sujeto claramente delimitado y afirmado en su desarrollo histórico) y sus otros internos y externos; entre lengua, ley, propiedad y uso legítimo o ilegítimo (v. Ennis 2014a, 2015a), disciplina social y descripción científica, y, sobre todo, en la configuración de un otro étnico naturalizado como otro social y antropológico, arrojado al límite de la historia y la humanidad.

2. En un volumen dedicado al estudio de las jergas como elemento clave en el desarrollo de una historia social de la lengua, Peter Burke subrayó lo tardío del interés de las modernas ciencias del lenguaje en la materia, y su estrecho vínculo con el auge de la criminología positivista, que pondría especial énfasis en la definición de los *slangs* y jergas de todo tipo como “lenguas ‘parasitarias’ o ‘parciales’ –en otras palabras un suplemento del vernáculo, no una alternativa al mismo” (Burke 1995: 5-6).¹ Limitado a un sub-sistema léxico que deja intactas la fonología y la sintaxis, el argot, en casos paradigmáticos y largamente documentados como el francés que le da nombre al término genérico, supo verse, como se lee en Victor Hugo –citado por Calvet (2007: 94)–, no otra cosa que el vestuario con el que se disfraza la lengua para cometer alguna fechoría. Sin embargo –recordará el mismo Calvet (2007: 118ss.)– el argot también *es* la lengua, en cuanto integra el abanico de competencias posibles y el continuo variacional de la misma, integrando sus elementos –en términos del mismo lingüista–, que cambian muy rápidamente como para poder constituir una lengua en sí, finalmente en la lengua estándar o en la lengua popular, dando forma a un recurso en la misma, en su uso, “un modo de situarse ante el poder a través de la lengua legítima, que es uno de sus símbolos” (ibíd.: 120).² Esta dualidad se presenta ya desde el título en otra monografía reciente dedicada a la misma materia, *La double tradition de l'argot. Vocabulaire des marges et patrimoine linguistique*, de Patrick Mathieu (2008), que en el capítulo dedicado a explorar los orígenes del concepto en la historia cultural francesa indica naturalmente la identificación inicial entre argot y lengua de la marginalidad y la delincuencia, consignando que la palabra “argot” se ve por primera vez atestiguada en un texto de 1628, donde se lo

¹ Una instancia fundamental en ese derrotero –tal y como lo subrayaba Burke– es propiciada por la atención dedicada por el mismo Lombroso al tema, quien en el capítulo de *L'uomo delinquente* que titula “Gerghi”, comienza afirmando que una de las características fundamentales del delincuente en sociedad con los suyos, sobre todo en los grandes centros urbanos, es “el uso de un lenguaje completamente suyo, particular, en el cual, mientras las asonancias generales, el tipo gramatical y sintáctico del idioma se conserva ileso, el lexical es modificado por completo” (Lombroso 1876: 101-102).

² En todos los casos en que no se cita versión castellana en la bibliografía, la traducción es mía.

identifica con la lengua de la mendicidad. *Argoter*, justamente, significa en ese contexto “entregarse a la mendicidad”, “profesión la más fácil de aprender, la cual sostiene más de lo que se podría desear a quien la ejerce, que no paga ni talla ni tributo al rey” (Mathieu 2008: 15).³ La precisión de la definición es importante en este caso, porque inscribe el lugar preciso de la marginalidad del argot, relacionado justamente con una tradición (podría decirse, picaresca) de la sustracción a la lógica económica del poder, de expresión de la exterioridad en cuanto no contribuye a sostener al soberano. La vagancia, el nomadismo, la peligrosidad de aquello que no contribuye al interés común van situando al argot en el espacio de la anomalía, que sin embargo nunca supondrá un completo exterior. Esa ubicación de la materia se complementa con un gesto habitual en algunos tratadistas, de una suerte de pudor, o de falso pudor, ya que habitualmente está allí para dar cuenta de lo irresistible de la visión en cuestión. Así, hablar de “argot” parece suponer casi siempre la necesidad de interponer una excusa, una justificación, una salvedad. El primer problema, en todo caso, y así lo reitera Patrick Mathieu, es el de decidirse por una definición o enfoque sobre el mismo. De qué hablamos cuando hablamos, ahora, aquí, del argot. El problema de límites que plantea esta definición tiene que ver principalmente con su relación con la lengua en la cual se apoya, con su condición parasitaria, por un lado, y su devenir caudal de la lengua corriente, popular, por el otro.

Esta dinámica se define en la aparente contradicción consignada en el subtítulo de Mathieu, en el tránsito de la ilegalidad a la asimilación, al régimen de propiedad, haciéndose de la lengua del otro patrimonio cultural. En definitiva, tal es la lógica que impera en la definición de la lengua nacional a partir del siglo XIX, donde la enmienda de los vicios de las otrora *classes dangereuses* comienza a hacer lugar a su consagración como patrimonio cultural, quintaesencia del espíritu de la nación en sus formas puras, sin modificar demasiado las relaciones de poder en cuanto a la gestión del mercado lingüístico y la asignación del valor.⁴

³ La referencia completa es: Olivier Chéreau, *Le jargon ou Langage de l'Argot réformé, comme il est en usage parmy les bons pauvres. Tiré et recueilly des plus fameux Argotiers de ce temps. Composé par un Pillier de Boutanche qui maquille en mollanche dans la Vergne de Tours. Reveu, corrigé et augmenté de nouveau par l'auteur*, segunda edición, París, Carroy. La obra es integralmente reproducida por Lazare Sainéan, *Les Sources de l'argot ancien*, París, Champion, 1912.

⁴ En el ámbito hispanohablante, esta historia sería la de la irrupción de la lingüística, paradigmáticamente, en las sucesivas ediciones de las *Apuntaciones* de Cuervo, v. Pfänder y Ennis (2014). Como observara Pierre Bourdieu, la presuposición por parte de la lingüística de una que llamemos *la* lengua presupone la aceptación tácita de una definición oficial históricamente situada de una forma de regulación del lenguaje como práctica social y objeto separado de esa práctica, capital simbólico asequible en un mercado necesariamente uniforme, lo que llama la “lengua oficial”, que se constituye en vinculación directa con el Estado moderno. Su modo de funcionamiento es análogo al de la ley, y garantiza la formación de un mercado en el cual se define el valor de cada competencia (cfr. Bourdieu 2001: 19-20).

El proceso que hace de la materia prima popular mercancía apta para el mercado de los bienes simbólicos ha sido ya muy bien descrito por Bauman y Briggs (2003), y su éxito no significa que lo “vulgar” devenido “popular” no deje de ocupar un margen residual, de escaso valor y menor influencia para determinarlo frente al control del mercado del uso legítimo, sino que ese margen deja ahora de ser residuo para convertirse en materia prima hasta entonces no explotada, reserva orgánica a la que el experto aporta un plusvalor al descifrar su carácter de expresión incontaminada de la nacionalidad.

3. Los caminos de la historia de una disciplina y sobre todo de la intervención letrada sobre un objeto tan expandido y multiforme como la lengua, no siguen vías uniformes ni unívocas, pero al mismo tiempo la condición selectiva de toda tradición,⁵ especialmente en los estrechos límites de las prácticas filológicas hasta el siglo XIX, pueden permitir recurrir a cierto esquematismo. Así, la aparición de las Academias de la lengua al menos en Francia y España en los siglos XVII y XVIII respectivamente marca una instancia de intervención del Estado sobre la lengua que implica justamente su objetivación dentro de una relación de soberanía. La lengua es un atributo de la monarquía, y debe ser preservada del vulgo que la pervierte. La alta cultura funciona como filtro y espacio de consagración de la lengua cortesana, sobre todo en la Francia de Richelieu. Sin embargo, la emergencia de las modernas ciencias del lenguaje se caracterizará por una ruptura con este discurso autoritativo y una revaloración de la variación dialectal el interior de lenguas nacionales cuyas versiones normativas o estandarizadas comenzaban a afirmarse y expandirse a través de lo que Benedict Anderson llamó el “capitalismo de imprenta”⁶ y la educación formal masificada. Así, la lengua nacional

⁵ Se toma aquí el concepto de “tradición selectiva” que proponía Raymond Williams en su ya clásico *Marxismo y literatura*. Williams comprende el concepto de tradición “como una fuerza activamente configurativa, ya que en la práctica la tradición es la expresión más evidente de las presiones y límites dominantes y hegemónicos” (Williams 1980: 137). Es una tradición selectiva que da forma a un pasado a fin de justificar y ratificar un estado de cosas presentes⁵; esto es: el pasado no es algo naturalmente recibido, sino que es construido por el poder hegemónico con el propósito de lograr una ilusión de continuidad con respecto a los modos de definición e identificación y a la organización social y cultural que garantiza el dominio de una clase específica en el presente.

⁶ De acuerdo con el clásico estudio de B. Anderson (1993), la prensa y la novela son fundamentales para el desarrollo del *print capitalism*, en cuya lógica la lengua, que será a su vez la de la educación y la administración, juega un rol determinante. De acuerdo con el temprano ensayo de Haugen, lengua, industrialización y educación componían la fórmula para el nacimiento del estado-nación moderno, lo que hace a la nación y la lengua elemento inextricablemente entrelazados (Haugen 1966: 927). Un proceso de estandarización de una norma definida tal como la conocen las lenguas vernáculas en la modernidad es difícilmente imaginable sin la uniformidad que ofrece la tecnología de la imprenta y su difusión masiva a través del impreso periódico. Es una forma pública de la lengua, es decir una lengua de y para la polis—con todas sus fisuras, grietas, tensiones y contradicciones—, lo que se juega en la prensa escrita como en ningún otro soporte, al menos en el momento de su auge en los siglos XIX y XX.

ya no era obra exclusiva de los grandes escritores, sino que acogía en sí todas sus variantes, sin dejar de involucrar la propiedad y la soberanía, aunque haciéndose en este sentido eco de los tiempos, que apuntaban al triunfo progresivo de las democracias liberales. El vulgo se convierte en pueblo y así en depositario de una herencia: la de las costumbres, tradiciones, saberes, usos, moral, y sobre todo la de la lengua nacional que las codifica a todas: es nuestra historia, nuestra herencia, dirá Jacob Grimm (v. Ennis 2015b).

De acuerdo con Bauman y Briggs (2003: 17), la producción gramático-filológica y lexicográfica que acompaña la emergencia de las naciones modernas desde fines del XVIII y a lo largo del siglo XIX no sólo da cuenta de o refleja un proceso histórico particular, sino que –en la perspectiva de los autores– *lo integra*, ya que la regulación del mercado lingüístico a través de la identificación de sus formas más o menos legítimas, de la indexación de las variantes existentes, permite otorgar realidad a la concepción social y política en la que se inscriben. De este modo, insisten los autores, “los modos de hablar y escribir hacen parecer reales a las clases sociales, géneros, razas y naciones, y permiten suscitar sentimientos y justificar relaciones de poder, haciendo que los subalternos hablen de modos que hacen necesaria su subordinación”. Así, el mercado de los textos, que se amplía radicalmente en ese momento, participa de un proceso de “reconfiguración de las relaciones de clase”, donde los instrumentos lingüísticos (diccionarios, gramáticas, manuales, tratados), que contribuían a la definición de la lengua nacional “ayudaban a estratificar la sociedad, proveyendo formas estándar y distribuyendo un acceso diferenciado y medios para la evaluación del lugar que correspondía a individuos y comunidades dentro de esquemas de desigualdad social” (Bauman y Briggs 2003: 222).

Devenido cuerpo de la nación, productor de la materia prima a la que la producción literaria otorgará su valor agregado, el “pueblo” se convierte en el sujeto genuino de las elucubraciones lingüísticas que heredan del romanticismo ese impulso democratizador.⁷ Esta concepción de lo popular se funda habitualmente en una construcción del pueblo “sano”, minorizado, pero deslindado de formas que se consideran desviantes o nocivas para la integridad de la tradición que representa. La metáfora económica (la de la materia prima del idioma) va asociada directamente a la metáfora orgánica de la nación ligada a la lengua, que

⁷ Max Müller ([1862] 2010) da clara expresión a esta implicancia política del discurso de la lingüística decimonónica, al decir que “En los tiempos modernos la ciencia del lenguaje ha sido llamada a transitar algunas de las más inquietantes cuestiones sociales y políticas. ‘Naciones y lenguas contra dinastías y tratados’, esto es lo que ha remodelado, y lo hará aún más, el mapa de Europa; y en América los filólogos comparatistas han sido llamados a demostrar la imposibilidad de un origen común de las lenguas, de manera tal de justificar, con argumentos científicos, la impía teoría de la esclavitud”.

es a su vez vital para más de una disciplina, desde las referidas directamente al lenguaje hasta las más novedosas aún como la criminología, cuya orientación a la modelación de cuerpos y conductas resulta por definición más directa que la propia de una ciencia que había definido, como otras, su legitimidad en la emancipación de sus usos inmediatos (cf. Ennis 2014, 2015). Es en este contexto que funcionará la representación del *argot* como lengua de la marginalidad que excluida justamente de la utilidad de la materia prima y situada en el lugar del desvío, del artificio opuesto a la naturaleza viva de la lengua popular honrada, al extremo incluso de llevarla al umbral de lo humano, como en muchos casos al otro colonial, a la naturaleza balbuciente de una humanidad aún no plena.⁸

Gitanos, ladrones y lingüistas

1. En estas páginas, quisiera tentar un ensayo de arqueología de la relación entre el discurso especializado y el argot –en sentido amplio, general– y sus conocedores ajenos al círculo específico de la disciplina filológica o lingüística. Se trata de explorar una serie de textos en los que, a mediados del siglo XIX –en una época en la cual la lingüística moderna, si bien aún incipientemente institucionalizada, ya ha adquirido extendida autoridad científica– o bien los conocedores de la materia reclaman la atención de los lingüistas, o bien filólogos y lingüistas de diversa índole y procedencia intentan habérselas con la misma. Allí la relación entre lengua y disciplina social, forma política y determinismo étnico se vuelve relevante. Como ha explicado Errington, lo que él mismo denomina las “imágenes filológicas de la lengua” pudieron encontrar repercusión más allá del ámbito restringido del saber académico: por un lado, una “visión orgánica de la historia que contribuía a explicar la superioridad de Europa en el presente colonial, naturalizar su avance civilizatorio y dar cuenta de la diferencia lingüística como desigualdad humana en un mundo colonial”; por el otro lado, la filología como una ciencia ante todo alemana, que en un contexto de crisis política y cultural en una Europa en proceso de industrialización “hacía del pasado un recurso para las ideologías

⁸ Incluso un criminólogo como Salillas (1896: 15) podía expresarse críticamente con respecto a “ciertas tendencias que buscan la identificación del tipo criminal con el tipo salvaje”, y refiriendo a Tarde procura ponerles un límite a través de un uso de la metáfora orgánico-arbórea particularmente ilustrativo: “La lengua primitiva es la rama de un tronco, mientras que la jerga, como el mismo Tarde dice, es el hongo que crece al pie de una encina. La jerga se alimenta en todo y por todo de un organismo lingüístico determinado, para nutrir su propio organismo. Es, por lo tanto, la forma parasitaria de cada idioma, y procede, en vez de compararla con idiomas más o menos remotos, hacer su estudio en relación con el idioma del que se nutre”. pocas páginas después aseverará que las jergas “viven al amparo de un idioma, del que se sirven y en el que se enmarañan, como una planta trepadora en un árbol, que para mantenerse en él necesita el sustento de su tronco y de sus ramas. Por eso las jergas, por muy difundidas que se hallen y por muy apretadas de términos y conceptos que se manifiesten, siempre dejan ver con evidencia el tronco nativo de que proceden o en que se apoyan (ibid.: 21).

nacionalistas” (Errington 2008: 71), es decir, si la lógica del *Stammbaum* o árbol genealógico del desarrollo orgánico y progresivo de las lenguas explicaba, naturalizándolas, las relaciones de poder hacia fuera, hacia dentro la sistematización de la variación y el cambio capitalizaba la materia prima de la lengua popular como fundamento de la unidad de la nación. Por eso mismo, el argot como operación ilícita sobre la lengua se presentaba como un objeto de dudosa legitimidad, y más aún cuando, en su exploración, se lo veía directamente relacionado con un pueblo y una lengua reacios a ser asimilados a la lógica de la raíz, el territorio y la legalidad occidentales modernas.

En un texto publicado en 1844, poco después de su muerte, bajo el título de *Description raisonnée d'une jolie collection de livres (Nouveaux mélanges tirés d'une petite bibliothèque)*, Charles Nodier, director de la biblioteca del Arsenal en París consignaba en la sección “Patois” de este volumen bibliográfico los siguientes dos ejemplares:

197. *Jargon (le) ou langage de l'argot réformé comme il est a présent en usage parmi les bons pauvres, tiré et recuilly des plus fameux argotiers de ce temps, composé par un pillier de Boutanche qui maquille en molanche en la Vergne de Tours, etc.* Troyes, Jaques Oudot, s. d., mar. bleu. (Koehler.)

198. *Response et complainte au grand Coësre sur le Jargon de l'argot reformé, avec un plaisant dialogue de deux Mions, par le Regnaudin Mollancheur en la Vergne de Misericorde, composé par un des plus chenatres argotiers de ce temps.* Paris, Jean Martin, 1630, petit in-12, mar. bleu. (Thompson.) (Nodier 1844: 86-87)

En ese ordenamiento anota Nodier el deslinde necesario entre el dialecto, que a pesar de carecer de ilustración tiene una ley que lo rige, un espíritu y un patrimonio plasmado en la letra –y por lo tanto “los mismos derechos” que la “lengua nacional”,⁹ y el argot, en cuya caracterización Nodier sintetiza toda una tradición: nomadismo, vértigo de la variación, instrumentalidad espuria, esoterismo, carácter artificial –y sin embargo, al final, también aparece el interés para ese sujeto, “el lingüista”:

El argot es una lengua artificial, móvil, sin sintaxis propia, cuyo único objeto es disfrazar, con metáforas convencionales, las ideas que no se quieren comunicar más que a los adeptos. Su vocabulario debe, en consecuencia, cambiar necesariamente cada vez que se vuelve familiar al exterior, y se encuentran, en la jerga del argot reformado,

⁹ “Sería hacer mucho honor al argot el contarle entre los *patois*, y no lo incluimos aquí más que por analogía, para no multiplicar las divisiones. Los *patois* son dialectos muy bien hechos, sujetos a reglas invariables, que tienen su espíritu, su carácter, su literatura, y que pueden reivindicar los mismos derechos, si no la misma ilustración, que la lengua nacional” (Nodier 1844: 87).

rastros muy curiosos de una evolución de esta especie. Los hombres de todos los países que hablan el argot forman la clase más vil, la más despreciable y la más peligrosa de la sociedad [*la classe la plus vile, la plus méprisable et la plus dangereuse de la société*]; pero el estudio del argot, considerado como obra de la inteligencia, tiene su costado importante, y unas tablas sinópticas de sus sinonimias en distintas épocas no carecería de interés para el lingüista.

Diez años antes, Nodier había publicado unas *Notions élémentaires de Linguistique ou Histoire abrégée de la parole et de l'écriture*, que señalan un curioso mojón en esta historia, ya que, como recuerda Chevalier (2006: 165) al comentar la reciente reedición de la obra por la editorial ginebrina Droz, si bien Nodier es uno de los primeros en utilizar el término *linguistique* en francés, su obra no guarda relación alguna con la disciplina tal como se venía desarrollando a partir de los aportes de los Bopp, Rask o Grimm y prosigue más en la línea del análisis de la lengua de Rousseau y Condillac. En ese volumen, Nodier dedica algunas líneas al argot dentro de las “lenguas de convención”, en las que la legalidad de la sociedad y la de la lengua parecen análogas, si no equivalentes:

La clase innoble y marginal de las sociedades humanas que ha compuesto el argot para disimular los secretos del libertinaje y el crimen, tenía un interés completamente distinto en hacerse una lengua impenetrable, y si esta no ha advenido es porque el hombre no tiene derecho y la facultad de hacerse lenguas más que en el interés general de la sociedad universal. Los ladrones, dice Pascal, se dieron leyes que los gobiernan en su espacio, y tiene razón; perolas lenguas se ubican en relación a las lenguas en un orden esencial de dependencia, como la obra frente al instrumento. Debemos pues observar la siguiente proposición como un axioma sin excepción: *Ninguna sociedad particular puede formarse en la lengua de la sociedad común una lengua que escape a su forma y prescinda de sus elementos.*

¡Aún más! Si este fenómeno se produjera alguna vez, la sociedad terminaría (Nodier 1834: 276-277)

La creación de una lengua, dirá más adelante, corresponde una sociedad primitiva solamente, y por lo tanto, se entiende, si ello sucediera supondría el fin de la sociedad. Astucia pergeñada para violar la ley, no logrará sustraerse a la de la gramática, violentando la lengua nacional,

terminará trabajando para ella, en la medida en la cual el vértigo de su evolución tiene como residuo la incorporación de nuevos elementos al habla popular.

2. En 1841, George Borrow acababa de concluir cinco años de trabajo para la *Bible Society* inglesa, y podía enorgullecerse –de acuerdo con el prologuista de la primera reedición póstuma del libro–, de haber publicado un libro en el siglo XIX con alguna pretensión de originalidad. El libro no era *The Bible in Spain*, la relación de ese lustro de trabajo que luego lo consagraría, sino su obra inaugural, *The Zincoli or an Account of the Gypsies of Spain*, pieza clave en la tan intrincada como apasionante biblioteca de la literatura de viajes intraeuropea –aquella en la que el otro exótico, primitivo, esencial, se revela a los ojos del romanticismo en los límites mismos del continente, en sus extremos.¹⁰ El último capítulo del libro está dedicado a la lengua de los gitanos y al deslinde filológico, histórico, sociológico si se quiere, de su vecindad o parentesco con lo que llama “robber language”. Desde luego, Borrow estaba lejos de reclamar para sí la experticia en ninguna de estas especialidades. Lo que daba valor a su opinión en la materia era en cambio el conocimiento directo del objeto, su condición, diríamos hoy, de investigador de campo, que no duda en definirse por contraposición con las “mentes filosóficas” pero limitadas a un universo meramente libresco. A partir de este conocimiento es que reclamaba la atención de los eruditos sobre los temas que ocupaban su libro:

pese a que mentes filosóficas se han comprometido en su estudio, y plumas eruditas no han rehusado ocuparse en sus detalles, sigue siendo prueba de los errores en los que pueden incurrir los más agudos y laboriosos escritores cuando asumen la tarea de escribir sobre asuntos que no pueden ser estudiados en el armario, y de los cuales no puede obtenerse información alguna mezclándose en la sociedad de los sabios, los letrados y los respetables, sino que deben ser investigados en los campos, a la vera de los caminos, en las prisiones y entre las heces de la sociedad. Si se hubiera seguido este sistema en la materia que ahora nos ocupa, se habrían manejado ya hace tiempo ideas más claras, racionales y justas con respecto a la germanía, o lengua de los ladrones. (Borrow 1914 [1841]: 244)

¹⁰ Desde las primeras páginas de la introducción, Borrow deja bien en claro cuál es su juicio sobre la España de la época: “es verdad que su superioridad en malicia en estos puntos ha sido más el efecto del estado moral del país en el cual estaban que de cualquier otra causa operante. Habiendo arribado a España con una predisposición para toda especie de crimen y villanía, no era probable que fueran a ser mejorados o reclamados por el ejemplo del pueblo con el que estaban por mezclarse; tampoco era probable que fueran a desarrollar un gran respeto por las leyes que, desde tiempo inmemorial, habían servido principalmente, no para proteger a los miembros honestos y útiles de la sociedad [*the honest and useful members of society*], sino para enriquecer a aquellos a los que se les había confiado su administración. Así, si llegaron ladrones, no es probable que se sintieran avergonzados de ese título en España, donde los oficiales de justicia estaban siempre dispuestos a proteger a un criminal para recibir la porción mayor del botín obtenido” (Borrow 1914 [1841]: 41).

Uno de los objetivos de Borrow, en esete sentido, era el de deslindar los terrenos del *caló* y la *germanía*, impugnando la confusión entre ambos, no por un afán de sanear la imagen que ofrece de los gitanos de España, sino como demostración de su conocimiento directo y basado en la observación del peculiar objeto de su trabajo.¹¹ Distinguir entre el habla [*the proper and only speech of a particular nation*] y el artificio de aquellos que quebrantan la ley de otra será un afán común desde entonces, sin dejar tampoco de situar a esa comunidad en un lugar necesariamente marginal y peligroso. Justamente en el momento en el cual Occidente soldaba la idea de nación y pueblo al territorio y la lengua, la presencia en su interior de un sujeto que se sustrajera a esos parámetros, rizomático, desterritorializado, demandaba una explicación especial, de cuyas arduas dificultades da cuenta pormenorizada el libro de Borrow. En las páginas aquí mencionadas, sin embargo, resulta notable el modo en el cual justifica el mayor interés para la lingüística en la lengua de gitanos y ladrones: allí, esos investigadores de closet encontrarán, en la misma Europa, su preciado sánscrito. Así, siendo el romaní “una lengua genuina de origen oriental”, la otra no es más que “una fraseología de conveniencia, fundada sobre lenguas europeas particulares”. La mutua incomprendibilidad viene a sumarse como prueba a este necesario deslinde, a pesar de la presencia de muchas palabras de esta procedencia en las jergas de los delincuentes de Europa:

Lo que puede deberse a la suposición de que los gitanos, siendo ellos mismos por nacimiento, educación y profesión ladrones de primera línea, en diversas ocasiones han formado alianza con los forajidos en los distintos países en que se los ha encontrado presentes, asociación que puede haber dado lugar al resultado antes aludido; pero debe establecerse también aquí que en ningún país de Europa los gitanos han abandonado u olvidado su lengua nativa, adoptando en su lugar la “germanía”, el “italiano rojo” o jerga de los ladrones, si bien en algunos preservan su lengua materna en un estado de menor pureza que en otros. (ibíd.: 224)

¹¹ La extensión de esta identificación entre gitano y ladrón es rastreada por Buzek (2007: 99) hasta el *Diccionario de Autoridades* de 1734, que en la entrada correspondiente al primer término consignaba “Los Gitáanos y Gitánas parece que solamente nacieron en el mundo para ser ladrones”. Ya Ascoli (1865: 158) insiste en su minucioso estudio sobre la lengua de los gitanos en reprochar a Campuzano (*Orijen, uso y costumbres de los jitanos y diccionario de su dialecto. Con las voces equivalentes del castellano y sus definiciones*, Madrid, 1841) la mezcla arbitraria de términos del caló y la germanía en su vocabulario. En uno de los trabajos contenidos en el volumen editado por Burke antes mencionado, John Geipel vuelve a llamar la atención sobre la perdurabilidad de la confusión entre caló y germanía subrayada por Borrow, señalando la importancia de la intervención del representante español más destacado de la criminología positivista en el entresiglos, Rafael Salillas, en la construcción y apoyo letrado a esta identificación (Geipel 1995: 116), sosteniendo que en el presente “el caló sigue siendo confundido con la germanía, el argot del bajo mundo, al cual ha contribuido con muchas expresiones. La edición actual del *Diccionario Larousse* de español sigue definiendo a la germanía como “lenguaje de gitanos y rufianes” y muchos creen que la palabra española para jerga (*jerigonza*) es una abreviatura de (*cin*)gerigonza” (Geipel 1995: 127).

Así, si una de las características fundamentales de este lenguaje de los que quebrantan la ley – como lo llama desde un comienzo– es su extensión en distintas variantes por toda Europa, la otra, no menos importante, es su subsidiariedad y pobreza.¹² La confusión a la que podría dar lugar, dice, el hecho de que tanto la lengua romaní como la jerga de los ladrones sirvan a los mismos fines –no ser entendidos por la población honrada– encuentra su explicación en el rol de los gitanos para el desarrollo de lo que llama “modern roguery”, pero no debe llevar a confundir los términos. Borrow, un misionero protestante en España, ensaya una explicación en la que lengua y sociedad se entreveran en la descripción de sus márgenes: los gitanos divulgaron sus artes entre los ladrones (*thievish gentry*) que “infestan los diversos estados europeos”, lo que habría sido buscado por estos en el afán de perfeccionarse en prácticas en las que aquellos se mostraban más diestros; en algún momento, gitanos y delincuentes locales vuelven a separarse, dado que los primeros prefieren el campo, de acuerdo con sus “hábitos nómades y vagabundos” y los segundos la ciudad. Sin embargo, proseguirá Borrow, esta temporaria asociación habría producido dos resultados, uno en la lengua y otro en las prácticas. El delito europeo se vio perfeccionado por su contacto con estas “artes asiáticas”, y las lenguas europeas incorporaron palabras del romaní. Muchas de estas palabras, subraya,

han sido largo tiempo piedras en el camino del filólogo, que, al tiempo que las estigmatiza como palabras de mera invención vulgar u origen desconocido, ha estado lejos de soñar que con un poco más de indagación podría haberlas rastreado hasta el eslavo, el persa o el griego moderno o quizás hasta el objeto misterioso de su veneración, el sánscrito, la lengua sagrada de las regiones cubiertas de palma del Indo; palabras introducidas originalmente en Europa por objetos demasiado miserables como para ocupar por un momento su atención letrada –los despreciados moradores de las tiendas de los roma. (ibíd.: 232-233)

Si bien el interés que convoca es indudablemente el de los desarrollos contemporáneos de la filología histórico-comparativa, y probablemente dada la carencia de trabajos específicos desde este enfoque sobre el tema, el único especialista con el que se dedica a discutir en este terreno es uno decididamente ubicado en la prehistoria reciente de la disciplina (de una

¹² “El dialecto de los ladrones del presente exhibe, así, menos del lenguaje alegórico preservado en las páginas de Hidalgo que de la lengua gitana. Debe subrayarse, de todos modos, que es muy magro, y que toda la fraseología de ladrones usada hoy en España apenas alcanza doscientas palabras, totalmente insuficientes para expresar las muy limitadas ideas de los descastados que se permiten usarla” (Borrow 1914 [1841]: 231).

disciplina ocupada en marcar la radicalidad de ese corte entre un estadio precientífico, erudito, y sus propios desarrollos), Lorenzo Hervás y Panduro, quien en su *Catálogo de las lenguas* (publicado entre 1800 y 1805 en Madrid) aseveraba que la lengua de los gitanos sólo se conservaba entre las comunidades del este de Europa, habiendo sido perdida a partir de su mezcla con los malvivientes locales, y dando lugar posteriormente a la invención de una jerga propia (la germanía) diversa del romaní.¹³ Borrow reprocha a Hervás (el erudito jesuita, lo llama) dos errores: su desconocimiento de la realidad inmediata sobre la que habla, que haría evidente la continuidad de una comunidad segregada, cohesionada e identificable en sus hábitos, características étnicas y lingüísticas (todo lo que dice lo aprendió en los libros, subraya), y por otra parte, el escandaloso hecho de que un especialista en lenguas “desconozca la filosofía de su asunto”.¹⁴ Esta afirmación es seguida de una intervención sobre un tema clave a lo largo de la reflexión sobre el lenguaje en la historia, y especialmente para la afirmación de un campo especializado para la disciplina en el siglo XIX, justamente a partir del “descubrimiento” del sánscrito: la pregunta por el origen. En este punto, Borrow, el religioso, va a contramano de lo establecido por aquellos a quienes convoca a tratar su objeto, que en la tradición que abría Herder con su *Abhandlung über den Ursprung der Sprache* y cerraría posteriormente Grimm con su conferencia sobre el mismo tema (justamente, también dos letrados estrechamente relacionados con la religión protestante en sus distintas vertientes) apuntaba a sustraer del ámbito de la creación divina para situarlo en el de la historia y la acción humana, y con ello en el ámbito accesible a su indagación (v. Ennis 2015). Dice Borrow:

Quizás uno de los fundamentos más fuertes para concluir en que el origen de la

¹³ “La lengua propia de los gitanos no se descubre ni se puede descubrir en los que se esparcieron por los reynos occidentales de Europa, sino solamente en los que quedaron, y aun hay en los orientales. Aquellos se esparcieron y desunieron notablemente, recibiendo en su compañía gran número de foragidos europeos; por lo que la dicha lengua se adulteró fácilmente, y pereció a poco tiempo. Los gitanos de los países orientales de Europa se han conservado en mayor número y unión; y por esto han podido conservar su lengua propia. Esta, como se ha dicho, es indostana; y en el vocabulario poligloto daré las pruebas, reproduciendo los documentos antes citados que publicó Grellman” (Hervás y Panduro 1802, vol. 3: 313).

¹⁴ “La más extraordinaria aserción de Hervás es quizás la segunda, es decir, que los gitanos inventaron palabras particulares para ocupar el lugar de otras que habían perdido. La absurdidad de esta suposición poco menos que nos induce a creer que Hervás, que ha escrito tanto y tan laboriosamente acerca de las lenguas, era completamente ignorante de la filosofía de su materia. No puede haber duda, como admitimos antes, de que en la jerga de los ladrones, sea la hablada en España, Italia o Inglaterra, hay muchas palabras a cuya etimología es muy difícil de llegar; pero ello no es excusa para la adopción de la opinión según la cual estas palabras son de pura invención. El conocimiento del romaní demuestra satisfactoriamente que muchas han sido tomadas en préstamo de esa lengua, mientras muchas otras pueden ser rastreadas en lenguas extranjeras, especialmente el latín y el italiano” (Borrow 1914 [1841]: 226).

lengua fue divino sea el hecho de que no puede aducirse instancia alguna de la invención, no diremos del lenguaje, sino incluso de una sola palabra en uso en cualquier tipo de sociedad. A pesar de que continuamente se están formando nuevos dialectos, es sólo a partir de un sistema de modificación, por el cual raíces casi coetáneas con el tiempo mismo son continuamente reproducidas bajo una nueva apariencia y bajo nuevas circunstancias (Borrow 1914 [1841]: 226).

La aparente extemporaneidad del argumento de Borrow, marcada por su condición de lego en una materia que comenzaba a adquirir un sólido nivel de especialización, se relativiza y adquiere sentido a la luz de los debates que a lo largo de los primeros dos tercios del siglo XIX al menos –y ya desde fines del XVIII– atraviesan la historia de los comienzos de la lingüística, en un recorrido que podría verse jalonado por textos clave como los de Herder (1772) y Grimm (1851) hasta las intervenciones de Schleicher aproximando las teorías de Darwin y las de la lingüística histórico-comparativa.¹⁵ Así, si bien la lingüística se desarrolla bajo el signo de la secularización, de la inclusión en la historia de contenidos antes explicados a partir de la fe religiosa, todo ese tránsito viene marcado justamente por la reelaboración de un modo de entender la historia que es el del cristianismo secularizado –siguiendo la tesis del joven Benjamin, colonizado por y convertido en su parásito hipertrofiado, el capitalismo. Al recorrer las discusiones de las humanidades del siglo XIX en torno a la cuestión del origen de la lengua y la división esencialista entre arios y semitas, politeísmo y monoteísmo entreverada con ella, entre otras cosas, Maurice Olender podía señalar cómo la secularización en los saberes del hombre, las humanidades, se da como traspaso o transformación de elementos religiosos en un saber científico, de este mundo, que sin embargo tiende a darle una explicación igualmente providencial. Así, dirá al comenzar el último capítulo, “la Biblia no dejó de asediar los nuevos archivos indoeuropeos a lo largo de todo el siglo XIX” (Olender 1989 [2005]: 159), concluyendo en la visión complementaria de algo que se ofrece como claro contraste: la Biblia y la lingüística. Si bien la bíblica es “una comunidad de sentido de la cual los científicos intentan desembarazarse”, hay un “horizonte bíblico” que sigue siendo común a “eruditos y teólogos” (el ejemplo central del libro de Olender es por supuesto el de Renan):

¹⁵ Estos temas han sido desarrollados más ampliamente en trabajos anteriores dedicados a estos autores en particular (Ennis 2014b, 2015b).

La voluntad de hacer ciencia con las lenguas reagrupadas en familias y sometidas a los nuevos rigores de las nociones de comparación y transformación, allana el camino a las ciencias humanas sin anestesiar, pese a ello, antiguas opciones. Esos saberes innovadores pagan un gravoso tributo a un pasado del que los eruditos siguen siendo a menudo, y sin saberlo, los herederos. Sin duda, para proyectarse en el futuro, Occidente debe por un momento más comprenderse en ese conjunto de elementos complejos que constituye necesariamente cualquier imaginario de la filiación. (*ibid.*: 161).

En este imaginario de la filiación, la partición de origen y destino de arios y semitas comienza a dar un fundamento empírico y epistemológico a una forma ideológica cuyas atroces consecuencias son largamente conocidas. La lectura de Vernant en el prefacio al volumen mencionado es clara en ese sentido, al cerrarlo con con el siguiente, estremecedor interrogante: “En los dos espejos-espejismos, acoplados y disimétricos, en que los sabios europeos del siglo XIX intentan, proyectándose en ellos, discernir los rasgos de su propia figura, ¿cómo podríamos hoy dejar de ver, en el segundo plano oscuro de un cuadro, perfilarse la sombra de los campos y ascender el humo de los hornos?” (Vernant 2005 [1989]: 12). Si el árbol del indoeuropeo permitía dividir como tipos diversos a arios y semitas, el señalamiento en la proximidad de sus mismas raíces de ese otro interno inasimilable, estigmatizado y perseguido desde la temprana modernidad, y que sería también objeto de la misma maquinaria genocida en el siglo XX, no dejaba de resultar una materia incómoda y destinada al desdén o al tratamiento diferenciado, junto a los detritus del que iba cobrando la forma, en la ciencia y la ficción, de un amenazado cuerpo social.

3. Nodier y Borrow aparecen vinculados en un título que pretende conciliar la materia dudosa del argot con el enfoque de las modernas ciencias del lenguaje –aunque haya más pretensión en el título que superación en sus páginas de lo ya existente–, el de los *Études de philologie comparée sur l'argot et sur les idiomes analogues parlés en Europe et en Asie* de Francisque Michel. Toda la historia de las definiciones del argot y las búsquedas etimológicas que reseña Michel en su introducción habla, justamente, del lugar dado al mismo en la relación entre lenguaje y sociedad. Su exploración de las huellas del argot en la literatura francesa desde el siglo XVII remite justamente, una y otra vez, a esta característica marginal y delictiva (de hecho, dice, y documenta una tradición para ello, no hace falta distinguir mendigos de

delinquentes). Hay así en la historia de la lengua francesa un desarrollo paralelo constante entre la hablada por “las personas de calidad y los letrados”, la otra, que sólo se limitaban a comprender, abandonando su uso “a la burguesía y las clases inferiores”. Este francés, dirá, es tan digno de ese nombre como el otro, es “el hijo del suelo, alegre, espiritual, bromista”, participando de una reivindicación de la lengua popular cara al romanticismo y la filología con él emparentada (*ibid.*: 30), y encontrando en el desdén de la alta cultura por la popular un descuido que habría facilitado el trabajo de “los hombres para los cuales el argot era una necesidad”, que no tenían más que extender la mano para servirse de una distribución sociolingüística mal pertrechada para evitarlo: el vocabulario del argot, de este modo, se podía “enriquecer con los despojos del lenguaje proverbial y popular, acompañándolos de algunos matices de una calidad más elevada, que, como tantas otras cosas, habían sido arrojados de la nobleza a la burguesía y que, puestos a reformarse por eso mismo, no figuraban en el inventario de la lengua usual (*ibid.*: 34-35).

Lo curioso es cómo Michel comienza evocando a Nodier y Borrow para justificar su objeto, o más que su objeto, la impudicia de su acceso al mismo. En primer lugar, el nombre de Nodier como antecedente en el tratamiento de la materia debe “poner a cubierto” de toda sospecha de liviandad al libro. Por otra parte, acusa en sí mismo una curiosidad, dice, “comprable a la del digno Parent-Duchâtelet” –higienista y frenólogo de comienzos del XIX–, que había dedicado su vida al estudio “de las impurezas de todas las especies”. Sin embargo, su curiosidad encuentra una semejanza mayor, desde luego, con la del “misionero inglés George Borrow, quien al comienzo de su libro sobre los gitanos de España confiesa haber estado siempre interesado por esta raza, y no haber podido pronunciar jamás el nombre de ellos sin verse sacudido por sentimientos difíciles de definir, pero en los cuales predominaba un placer extraño”. Ese placer extraño se emparenta con un vértigo indomeñable y con naturalezas que el siglo consideraba más propensas a la pasión que a la razón –puestos a ordenar jerarquías y esencializar diferencias, las comparaciones permiten repasar toda la escala: “este placer no puede ser otro que aquel del cual las mujeres y los niños, sobre todo las naturalezas nerviosas, se muestran tan ávidas, y que las lleva a seguir los debates de los juzgados criminales, a asomarse a un abismo cuya vista hace fluir toda la sangre al corazón, a contemplar cadáveres, reptiles y monstruos” (Michel 1856: ii). Así, el impulso que lleva al examen de la materia en cuestión es una pulsión irracional, inexplicable, que conduce a observar algo que debería ser sustraído a la vista de la gente honrada. Huelga abundar en detalle sobre el –para el autor– natural parentesco de la curiosidad de Borrow por los gitanos y la de Michel por el mundo del

hampa, que aquí se asocian a ese placer extraño por lo marginal y abyecto – lo arrojado de su mundo.

La mirada del lingüista: August Friedrich Pott y Bernardino Biondelli

1. En 1861, Josef-Maria Wagner publica en el *Neuer Anzeiger für Bibliographie und Bibliothekswissenschaft* de Dresden un trabajo titulado *Die Litteratur der Gauner- und Geheim-Sprachen seit 1700. Ein bibliographischer Versuch*, en el cual habla de una tradición poco fiable y de dudosa honestidad en cuanto a los derechos de autoría con respecto a la recolección de materiales propios del *Rotwelsch* y otras formas de lenguas secretas y de ladrones: “Se ve aquí un hueco en el aparato de nuestra filología, cuyo llenado a través de una obra crítica [...] se hace urgente” (Wagner 1861: 81).

El estudio bibliográfico de Wagner comienza, sin embargo, asegurando que esta materia ha encontrado su lugar –ya que no aún su obra– entre los objetos de examen de la “moderna Filología”, y esto justamente de un modo que escapa al rigor de su lógica.

Entre los variados objetos de los que se ocupa la moderna filología, las lenguas de ladrones [*Gaunersprachen*] han encontrado su lugar con buen fundamento. Su estudio aporta un botín provechoso [*lohnende Ausbeute*] para la historia de la lengua así como de las costumbres, y especialmente para el examen de la lengua popular [*Volkssprache*], con la cual tiene contacto de distintas formas, este estudio no carecerá de utilidad. (Wagner 1861: 82)

Parece resultar inevitable la presencia de un botín y una utilidad en la consideración del interés de tal objeto –no obstante, una profusión similar de términos relacionados con el comercio y la rapiña se encuentra en relación al sánscrito en las páginas iniciales de un texto fundacional como *Ueber die Sprache und Weisheit der Indier* de F. Schlegel (1808), pero aquí no habrá lugar para un comentario más extenso que, veremos, no sería del todo ajeno a la cuestión. Lo curioso es que en la mencionada tradición Wagner encuentra incluso una herencia de errores de impresión: tan poco serio ha sido el trabajo, que los distintos autores se copian entre sí sin detenerse siquiera a subsanar los errores que trasladan. Sin embargo, observando de cerca el razonamiento de Wagner puede verse clara la distribución de roles: las

lenguas de los ladrones han encontrado su lugar entre los objetos de la lingüística, pero lo interesante es el modo en que lo han hecho, o como Wagner cree que lo han hecho: son un botín provechoso *para otra cosa*: la historia de la lengua y la de las costumbres, así como para el estudio de la lengua popular (*Volkssprache*, forma singular opuesta a la plural de los delincuentes, *Gaunersprachen*), con la que se toca y por tanto debe deslindarse.

La lista bibliográfica de Wagner debe tener así fronteras amplias y lábiles, incluyendo registros policiales y documentos judiciales de diverso tipo que no sólo documentan formas lingüísticas particulares de la lengua atribuida a los reos, sino que contribuyen también al necesario conocimiento de una historia de la delincuencia (*zur Geschichte des Gaunerthums*). Luego de dedicar un párrafo a la literatura que hace lugar a las formas objeto de su estudio, poniendo a la cabeza a Vidocq como el padre del moderno romanticismo picaresco (*Spitzenbubenromantik*) (*ibíd.*: 83), dedica otro a aclarar la relación, una vez más, entre argot y lengua de los gitanos:

La lengua de los gitanos, aunque sirva con frecuencia también a fines impropios, no es sin embargo ni una jerga de pícaros [*Spitzenbubenwelsch*] ni una lengua secreta, a cuyos criterios esenciales escapa. No obstante, dado que también ha contribuido al colorido tesoro de vocablos del *Rotwelsch*, el investigador de este último no debería dejar de lado su estudio (*ibíd.*: 84).

El párrafo termina mencionando la “mano maestra” que había abordado el tema y ocuparía un lugar de privilegio en su lista, y que ocupará el final de nuestro trabajo. Se trata de August Friedrich Pott, profesor de la Universidad de Halle-Wittenberg, considerado en ese momento ya una de las grandes eminencias de la lingüística histórico-comparativa, y cuyo trabajo ocupaba, junto al de Bernardino Biondelli, el escueto espacio de la bibliografía general especializada sobre la materia. Pott era quien había recogido en primer lugar el guante arrojado por Borrow, publicando entre 1844 y 1845 dos gruesos volúmenes bajo el título *Die Zigeuner in Europa und Asien. Ethnographisch-linguistische Untersuchung, vornehmlich ihrer Herkunft und Sprache, nach gedruckten und ungedruckten Quellen* [Los gitanos en Europa y Asia. Investigación lingüístico-etnográfica preferentemente de su origen y lengua, de acuerdo a fuentes impresas y no impresas]. La extrañeza que marca el testimonio de Borrow está presente desde el comienzo en Pott y da cuenta de cierta incomodidad al confrontarse con la materia en cuestión: la introducción al primer volumen señala a los

gitanos como “seres a veces apenas aún humanos”. Allí establece tres tesis que definirán su enfoque sobre el objeto: en primer lugar (y de acuerdo con una tendencia propia de la disciplina que sólo Schuchardt comenzaría a romper posteriormente) la unidad y similitud de los distintos dialectos de gitanos [*Zigeuner-Mundarten*] conocidos, a pesar del contacto con diversas lenguas en distintos contextos; en segundo lugar, la especificidad de esta lengua de un pueblo particular [*Volkssprache*], que no debe confundirse con las lenguas del hampa [*Gaunersprachen*]; finalmente, sus raíces deben buscarse no en Egipto (como suponía la etimología de *Gypsies*), sino en “los idiomas populares de la Península de la India, de modo tal que, hecho caso omiso de su confusión y abyección, puede preciarse de tener un parentesco de sangre, si bien modesto, con la lengua más perfecta de todas en estructura, el orgulloso sánscrito” (Pott 1844: xv). De todas formas, su valoración del aporte de Borrow es limitada. Asevera que sería necesario realizar una investigación más profunda a partir de las vías que deja abiertas, pero se excusa por falta de tiempo y, en última instancia, también interés por una variedad que etimológicamente tenía poco para ofrecerle (Pott 1845: iii). Pott, que posteriormente se haría célebre por su diccionario etimológico de las lenguas indoeuropeas, conocido como el “diccionario de las raíces” (*Wurzelwörterbuch*), focalizaba su interés por supuesto allí donde había una raíz que seguir, intentando organizar el rizomático proceder de una lengua tan remisa a adaptarse a los esquemas previstos.

El primer volumen, de este modo, contenía la introducción al tema y la gramática de la lengua de los gitanos, y el segundo el diccionario y muestras lingüísticas, y antes de ello una –de acuerdo con la segunda tesis– necesaria “Introducción sobre lenguas delincuentes” (“*Einleitung über Gaunersprachen*”). Allí Pott demuestra conocer amplia y profundamente la literatura circulante en torno a la germanía, el argot y otras variadas formas a lo largo y ancho de Europa, y presenta en cuanto a su percepción del fenómeno la observación de rasgos y sobre todo límites similares para el mismo. Así, si bien evidencia cierta vacilación o incluso fastidio frente a su ocupación en la materia, no deja una vez más de reconocer el interés o provecho que la misma puede reservar al lingüista. Al consignar una breve descripción inicial de su objeto, abundará en la separación de la germanía y el caló, de la lengua de los gitanos con respecto a la jerga de los ladrones. Subraya desde el comienzo el abismo que separa a la lengua roma de los “diversos idiomas de ladrones [*Diebesidiomen*]”. La justificación del capítulo reside pues justamente en dar una explicación más clara y enfática de esta diferencia. La caracterización de estas “jergas del todo artificiales, inventadas para fines tan impropios” que se propone ofrecer, por lo demás, más allá del “policial-práctico” debían revestir un

interés de índole diversa: “Sin dudas, por ejemplo, el investigador lingüístico puede aprender algo de ellas. Entre otras cosas, se le ofrecerán allí algunos felices paralelos para las metáforas jeroglíficas. Enseñan de manera clara la diferencia entre una lengua hecha y una devenida de acuerdo a la naturaleza [*Sie zeigen ferner klärllich den Unterschied einer gemachten Sprache von einer naturgemäss gewordenen*], y hasta dónde puede llevarse, y aún más en este sentido” (Pott 1845: 1-2).

Artificialidad, parasitismo, azar y vértigo ante la necesidad de la invención constante son los términos que se repiten en su descripción. Por ejemplo, en cuanto al léxico:

Las lenguas delincuentes que conozco contienen todas una masa de palabras del todo etimológicamente oscuras; naturalmente ya por el hecho de que con frecuencia en su surgimiento entraron en juego el azar y la arbitrariedad del momento, que naturalmente burlan todo cálculo. En general, no obstante, debemos señalar que cada vez la base de este tipo de idiomas es la lengua de los respectivos países en los que cada cual se sirve de ellos... (*ibíd.*: 8)

Sin embargo, la sintaxis sigue marcando el límite de acción para estas jergas:

Toda la sintaxis, hasta las leyes de construcción y modificación de las palabras se mantienen igualmente por completo dentro de la lengua del país, mientras sólo el vocabulario se aleja esencialmente de la misma (*ibíd.*: 11).

Por otra parte, si el estudio de las lenguas delincuentes se hace necesario para entender a los gitanos, también encontrarán un lugar privilegiado en su construcción los judíos: “Entre las palabras extranjeras ocupa el primer lugar una cantidad de rabínico-hebraicas, introducidas por judíos, y a ellas se acoplan sobre todo palabras gitanas advenedizas, así como pertenecientes a los países vecinos que correspondan en cada caso” (*ibíd.*: 13). La asociación entre el hebreo, el yiddish y la lengua del hampa aparecía documentada ya en la bibliografía de Wagner y se integra claramente en obsesiones que irían extendiéndose cada vez más en el siglo XIX, y que hacen funcionar lo que Agamben llamó “máquina antropológica” para producir al judío, al gitano y al delincuente como sujetos excluidos del ámbito de lo humano. Desde luego, el volumen de Pott amerita un análisis más detenido que no podremos ofrecer en los límites de este trabajo. Baste señalar por ahora la solidez de una serie de conceptos

perdurables en la valoración del argot y su parentesco con la lengua de los gitanos, donde justamente todo aquello que amenaza con sustraerse al orden del Estado moderno se termina incluyendo en el desdén de la anomalía. Y esto, ahora, enunciado desde el corazón mismo del saber institucionalizado de la filología moderna.¹⁶ La lengua de los roma no explica en el sosegado orden de la herencia su parentesco con el argot, sino que lo hace a partir de la furtividad de un contacto tan profuso como sospechoso:

Cuán absurdo resulta pretender unir la lengua roma con aquellos idiomas bastardos [*Afteridiomen*] que, si bien portan en sí cierto tipo general, aún recibieron de las lenguas de sus respectivas patrias su coloración característica en un sentido infinitamente distinto que los distintos dialectos gitanos, es algo que no necesitará de aquí en más de ningún tipo de comprobación expresa. No por ello hemos pretendido poner en cuestión cualquier contacto de la lengua roma con las jergas delincuentes... (Pott 1845: 38)

En este sentido, prosigue Pott, el caso del contacto del caló con la germanía en España ofrecería un ejemplo de una posible mayor plausibilidad para los juicios que tienden a mezclar ambos medios de expresión. Curiosamente, agrega una nota al pie en la que introduce una cita del “Discurso” que Sancho de Moncada dirige a Felipe III requiriendo enfáticamente la expulsión de los gitanos:

Finalmente toda maldad hacen a su salvo, confiriendo entre sí en language con se entienden sin ser entendidos, que en España se llama Gerizonza (*sic*), que segun piensan algunos, quiere decir Cingerionza ò language de Cingaros, cosa que reparó mucho el Rey nuestro Señor vedadndo por ley (1566) el Arabigo a los Moriscos, por ser los languages diferentes del nativo de la Provincia acomodados á trayciones, y tener graves inconvenientes que son mayores en los gitanos (cit. en Pott 1845: 39).

El alegato contra los gitanos en la España de Felipe III, que acababa de expulsar a los moriscos y ordenaba el imperio bajo el yugo de la Inquisición no parece una prueba documental más que de la prosapia de algunos juicios bastante extendidos en sectores y

¹⁶ Un interesante compendio de estudios relativamente recientes sobre la obra de Pott puede encontrarse en el volumen publicado por Meiser, Werner y Bense (2006), como resultado del coloquio realizado en Halle en homenaje al lingüista dos años antes.

geografías que se consideraban en las antípodas de esa tradición. Corrigiendo en algunos puntos las especulaciones etimológicas de Borrow, Pott subraya el hecho de hallar en la península el dialecto gitano más distanciado con respecto a los demás. El dominio del español por parte de Pott se revela limitado y sus deducciones provienen de la comparación de los datos de Borrow, los propios, el volumen de Hidalgo sobre la germanía y la información que pueden proveerle especialistas autorizados como Friedrich Diez sobre la procedencia de determinados vocablos. Luego de repasar una larga lista de términos para rectificar su alegada procedencia hindú, cierra esta introducción planteando lo problemático de su inclusión en su trabajo, donde resulta muy difícil identificar como sánscrito todo lo que Borrow clasificara así. El listado comprende muchas piezas léxicas propias de los recursos habituales de los diferentes argots, y por tanto supone Pott que tales palabras no deberían tener lugar en principio en un diccionario dedicado a la lengua de los gitanos. Sin embargo, agrega, teniendo en cuenta que dichas palabras “junto a muchas otras expresiones enigmáticas” son habituales en la comunicación cotidiana de los gitanos de España, ha decidido incluirlas, sin dejar de declarar su condición de “patrimonio lingüístico de la más sospechosa índole [*Sprachgut äusserst verdächtiger Art*]” (ibíd.: 43).

La aproximación de la lingüística a la materia, en este caso, se da a través de la senda abierta por Borrow, de una manera si se quiere aún oblicua, en tanto está allí para operar un deslinde lleno de salvedades, que permite precisar el lugar del objeto de su interés, que no deja de presentarse ominoso y ajeno, sospechoso y amenazante en su alteridad.

2. Al año siguiente aparece otro estudio de parte de un especialista menos celebrado en el ámbito estricto de la lingüística histórico-comparativa, pero más directamente dedicado al asunto: el *Studii sulle lingue furbesche*, que publica en Milán en 1846 Bernardino Biondelli. Este lingüista y arqueólogo italiano repite en buena medida los argumentos hasta ahora reseñados en otros casos, pero introduce una serie de matices que permiten reforzar la propuesta del título: si el objeto construido a partir de la separación de lengua y representación se constituye en naturaleza, *logos* distintivo de lo humano, la condición de *artificio* separa al argot de la serie de las lenguas naturales, aptas para expresar la voz del pueblo de una nación (ni siquiera son totalidades, no responden por un mundo al que dan sentido, sino que cifran parcialmente una actividad ilícita), pero sin embargo su *esencia común* (aquello que los excede, que puede luego devenir *tipo biológico* y escapa al control del artificio) resulta reveladora una vez más para responder a la pregunta por el origen, la que

orienta los comienzos de la lingüística moderna e instituye en su centro la forma monolítica de la lengua natural (homogénea y monolingüe) y al otro como archivo filogenético de lo mismo. Así, el libro adquiere un fin teórico y uno práctico: uno destinado a contribuir al saber sobre otra cosa, el desarrollo de las lenguas, su ciencia y la del hombre; el otro a identificar el peligro en la vida diaria, a dar a conocer a los lectores el mayor número posible de noticias sobre estas jergas, en particular “en torno a la más importante y dañina de todas, la de los ladrones, con el fin de descubrirlos rápidamente y preservarse de sus artificios” (Biondelli 1846: 9-10).

La pregunta que, según el autor, la observación comparada de distintos argots hace necesaria (“¿cómo pudieron hombres de estirpes diversas, separados por barreras políticas y naturales, en el secreto de sus conciliábulos, calcar una misma vía y formar separadamente varias lenguas, si bien diferentes en el sonido y la raíz, idénticas en su esencia?”), llevaría en su indagación a un conocimiento de orden general, sobre la naturaleza humana, su prehistoria, el momento en el que el hombre se hace tal accediendo al lenguaje:

Una pregunta tal, puramente psicológica, podría en su desarrollo proveer útiles enseñanzas sobre el proceso de la mente en la formación de idiomas primitivos, ya que el hombre zafío que, privado de toda institución moral y abandonado a las meras inclinaciones de la naturaleza, llega a formarse una nueva lengua que satisfaga sus nuevas necesidades, difiere en poco del salvaje que, privado de los beneficios de la civilización, hace los primeros esfuerzos por reunirse en sociedad con sus semejantes, abriendo el comercio con ellos, designando por primera vez por medio de los sonidos los objetos que lo circundan (Biondelli 1846: 48-49).

La analogía lleva, como en el caso de las formas de lengua y civilización que la expansión colonial iba registrando en cada extremo del globo, a integrar al otro en una escala que no es sólo relativa a su lugar en el orden presente, sino que lo convierte en documento, archivo filogenético de la forma más (o sanamente) evolucionada de la especie, aquella a la que pertenece el observador. Delincuentes y gitanos, en la zona gris, al límite de lo humano, debían corroborar en su lengua el lugar que ocupaban en la sociedad, al límite de la humanidad, ramas torcidas de un árbol del que sin embargo no se desprenden. La lengua otorga la legalidad de una naturaleza (el orden y la previsibilidad de una Ley natural, como forma secularizada de la providencia), y en esa zona gris, Biondelli corrige en el texto lo que

asevera el título: “si bien las habíamos designado con el honorable nombre de lenguas, no son sino lo opuesto, no otra cosa que corrupciones artificiosas y parciales de los dialectos vivientes” (*ibíd.*: 21).

Cierre

Es cierto, y constituye casi un lugar común entre los especialistas en el asunto, que los lingüistas profesionales apenas prestan atención al argot en general. Posiblemente tenga que ver ello con la naturaleza de su objeto, esto es, con la consideración de ese objeto como naturaleza y el argot como artificio, astucia, técnica. Por eso se ha escogido aquí hablar de los límites del argot, justamente a partir de una aclaración que se encuentra repetidamente en los trabajos sobre el lunfardo y sobre otros *argots* occidentales: es léxico y no gramática, un parásito que no altera la estructura. Otro motivo, esperable y conocido para evitar la materia argótica residiría justamente en una condición que sería exagerado llamar de tabú, sino que probablemente tenga que ver con el rigor aséptico que debía caracterizar la labor del lingüista en el momento del afianzamiento de la disciplina, que podía encontrar su reconexión con el mundo al devolver un archivo, un patrimonio para la nación en su acervo lingüístico. Sin embargo, la intromisión con el mundo que podía delimitarse en el argot no era un extremo pensable.

En esta aproximación inicial al examen de la relación entre la lingüística y el argot, la condición liminar del mismo parece residir en esa simultánea exterioridad e interioridad, marginalidad incluida en un espacio que se pretende sin afuera, expresada en esta limitación léxica del argot: entre léxico y gramática se definen, justamente, los límites de un sistema y los alcances de una civilización hechos naturaleza humana: artificial y desviante, el argot puede ser escandaloso o pintoresco, pero siempre dentro de los límites asignados a la lengua que se ha dado a la nación y por cuya unidad velará el Estado.

Si cada discurso modela y da entidad a su objeto al describirlo y sistematizarlo, el lugar liminar del argot no sólo como objeto (parasitario, subsidiario, vedado, transitorio) sino en cuanto al emplazamiento entre los saberes especializados sobre el lenguaje en el momento de la consolidación de su campo específico se articula también con otros objetos que contribuyen a limitar, a marcar el contraste y la diferencia frente a las lenguas integradas en el árbol del indoeuropeo, en el devenir sano y exitoso de la historia.

Fuentes

- Ascoli, Graziadio Isaia (1865). *Zigeunerisches*, Halle, Heynemann.
- Biondelli, Bernardino. 1846. *Studii sulle lingue furbesche*, Milano, Civelli.
- Borrow, George. 1914 [1841]. *The Zincali, or, an account of the Gypsies of Spain*, Londres y Nueva York: Everyman.
- Cuervo, Rufino José. 1872. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Paris: R. Roger y F. Chernovitz [4ª edición, Bogotá: Medardo Rivas, 1881; 6ª edición, 1914].
- Grimm, Jacob. 2014 [1851]. *Sobre el origen de la lengua*, traducción y comentados de Juan Antonio Ennis, Caseros, Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Hervás y Panduro, Lorenzo (1802). *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división, y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*, volumen 3. *Lenguas y naciones europeas*, Madrid, accesible en <http://www.cervantesvirtual.com/>
- Michel, Francisque. 1856. *Études de philologie comparée sur l'argot et sur les idiomes analogues parlés en Europe et en Asie*, Paris, Firmin Didot.
- Müller, Friedrich Max ([1862] 2010). *Lectures on the science of language*. Nueva York: Scribner [ed. digital del Proyecto Gutenberg. Disponible en Internet, <http://www.gutenberg.org>]
- Nodier, Charles, *Notions élémentaires de Linguistique ou Histoire abrégée de la parole et de l'écriture Pour servir d'introduction à l'alphabet, à la grammaire et au dictionnaire*, Paris, Renduel, 1834.
- (1844). *Description raisonnée d'une jolie collection de livres (Nouveaux mélanges tirés d'une petite bibliothèque)*, Paris, Técheiner.
- Pott, August Friedrich. 1845. *Die Zigeuner in Europa und Asien. Ethnographisch-linguistische Untersuchung, vornehmlich ihrer Herkunft und Sprache, nach gedruckten und ungedruckten Quellen*, tomo 2: *Einleitung über Gaunersprachen, Wörterbuch und Sprachproben*, Halle, Heynemann.
- Sainéan, Lazare. 1907. *L'argot ancien (1455-1850). Ses éléments constitutifs, ses rapports avec les langues secrètes de l'Europe méridionale et l'argot moderne*, Paris, Champion.
- Salillas, Rafael (1896). *El delincuente español. El lenguaje (estudio filológico, psicológico y sociológico)*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez.
- Wagner, Joseph-Maria (1861) "Die Litteratur der Gauner- und Geheim-Sprachen seit 1700. Ein bibliographischer Versuch", *Neuer Anzeiger für Bibliographie und Bibliothekwissenschaft* 1861, 3, Dresden, G. Schönfeld's Buchhandlung, pp. 81-87.

Bibliografía teórico-crítica

- Agamben, Giorgio (2007). *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: FCE.
- Bauman, Richard & Charles Briggs. 2003. *Voices of Modernity. Language Ideologies and the Politics of Inequality*. Cambridge UP.
- Benjamin, Walter (1985). "Kapitalismus als Religion". *Gesammelte Schriften*, ed. de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser. Frankfurt am Main, Suhrkamp, tomo VI, 1; 100-103. "El capitalismo como religión". Traducción, notas y comentario de Enrique Foffani y Juan A. Ennis [mimeo].

- Bourdieu, Pierre (2001). *Qué significa hablar. La economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal.
- Burke, Peter (1995). "Introduction", in: Burke, Peter & Porter, Roy. *Languages and Jargons. Contributions to a Social History of Language*, Cambridge: Polity Press; 1-21.
- Calvet, Louis-Jean (2007). *L'argot*, París, Presses Universitaires de France, colección "Que sais-je?".
- Chevalier, Jean (2006). Reseña de Nodier, Charles, *Notions élémentaires de Linguistique ou Histoire abrégée de la parole et de l'écriture Pour servir d'introduction à l'alphabet, à la grammaire et au dictionnaire*, en: *Histoire Épistémologie Langage* 28, 1 *Histoire des idées linguistiques et horizons de rétrospection*, pp. 165-168.
- Ennis, Juan Antonio (2008). *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*, Frankfurt et al., Peter Lang.
- (2014a). "El uso, la propiedad y el valor en el debate de la lengua americana". *Anclajes* 18, 1, 2014, pp. 17-34.
- (2014b). "August Schleicher: los dos cuerpos de la lengua", *Revista Argentina de Historiografía Lingüística* VI, 2, pp. 107-121.
- (2015a). "La propiedad y la lengua en la emergencia de los estados hispanoamericanos. Notas sobre Andrés Bello", *Romanistisches Jahrbuch* 65, 1, 2015, pp. 227-255.
- (2015b). "El origen de la lengua y los comienzos de la lingüística: una pregunta del siglo", en Jacob Grimm. *Sobre el origen de la lengua*. Traducción, notas y estudio preliminar de Juan Antonio Ennis, Buenos Aires, EDUNTREF.
- Errington, Joseph. 2008. *Linguistics in a Colonial World. A History of Language, Meaning and Power*. Oxford/Malden MA: Blackwell.
- Geipel, John (1995). "Caló: The 'Secret' Language of the Gypsies of Spain", in: Burke & Porter 1995; 102-132.
- Haugen, Einar 1966: "Dialect, Language, Nation", *American Anthropologist*, New Series, 68, 4, 922-35.
- Mathieu, Patrick. 2008. *La double tradition de l'argot. Vocabulaire des marges et patrimoine linguistique*, París, L'Harmattan.
- Meiser, Gerhard; Werner, Edeltraud; Bense, G. (eds.) (2006). *August Friedrich Pott*, Frankfurt am Main: Lang.
- Olender, Maurice. [1989] 2005. *Las lenguas del Paraíso. Arios y semitas: una pareja providencial*. Buenos Aires: FCE.
- Pfänder, Stefan y Juan Ennis (2014). "Migración sin retorno, pero con devolución. Rufino José Cuervo, August Friedrich Pott y la muerte del español. Un estudio de caso a partir de una correspondencia y una polémica académicas". Gelz, Andreas y Marco T. Bosshard (eds.). *Return Migration in Romance Cultures*, Freiburg i. Br.: Rombach, pp. 143-179.
- Williams, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*, Barcelona: Península.